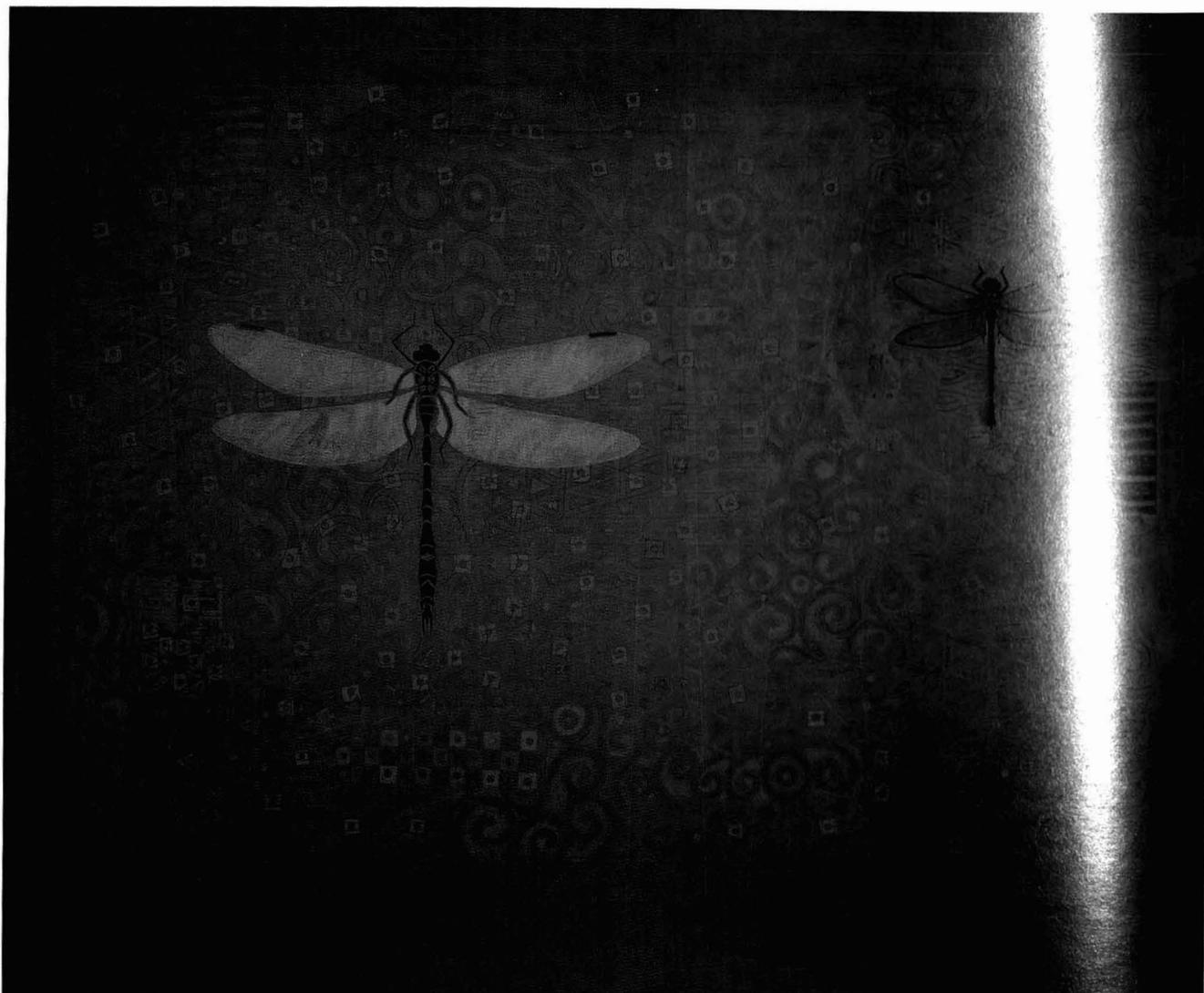


La magia de lo cotidiano en el arte de Mario Rangel



MIREYA FOLCH-SERRA



El encuentro con la obra de Mario Rangel nos acerca a un mundo de cuentos, imágenes y representaciones que describen, por un lado, proverbios, mitos y creencias populares y, por el otro, se relacionan a una visión poética de la vida cotidiana. A través de esta visión se establece un proceso simbiótico en el que los elementos constitutivos de la obra forman una totalidad inseparable.

En este universo lleno de objetos comunes, el pincel de Rangel es equiparable a la probeta del alquimista cuyo poder de transformación trasciende todas las barreras. Su objetivo primario es hacer visible la materia intangible de los sueños diseminando imágenes oníricas por los espacios ilimitados de la imaginación. Pero en la vida real, esto requiere un trabajo meticuloso. La proyección de las imágenes es efectuada a través de capas y veladuras

Los encantos de la penumbra, 1993, acrílico/caoba, 80 x 100 cm

*Memoria
de un
desprendimiento,*
1994,
acrílico/tela,
120 x 80 cm

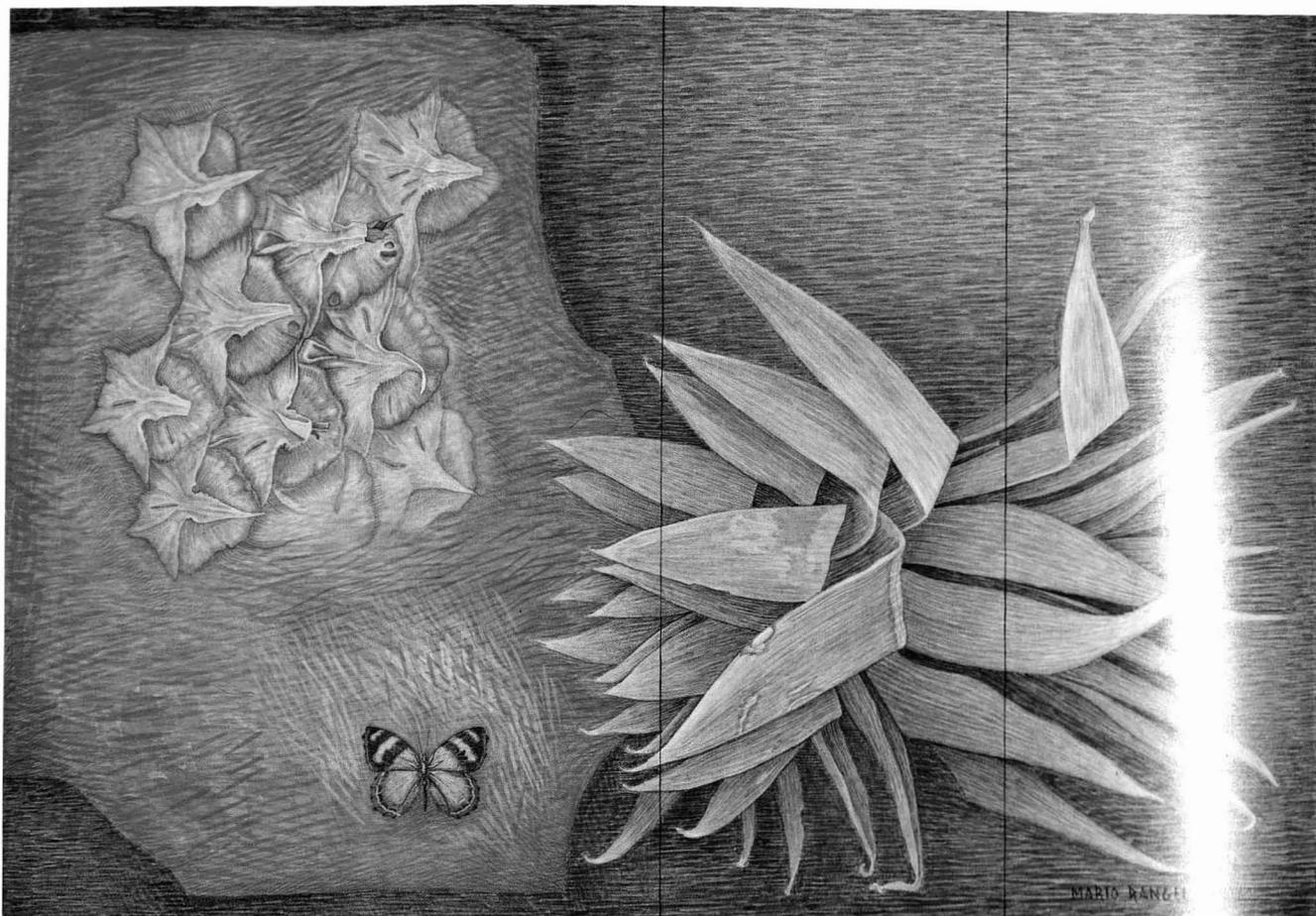


*El aliento
del diablo,*
1995,
acrílico/
madera,
33 x 60 cm



(ya sean acrílicos o acuarelas) colocadas con gran delicadeza sobre lienzos y caobas. Las pinceladas, pequeñas y cuidadosas, caen como lluvia tibia lavando los colores, haciéndolos más intensos o más pálidos, según sean los requerimientos del tema. Éste, a su vez, se convierte en una narrativa completa en manos de Rangel, quien, como maestro de ceremonias, dirige el movimiento perpetuo del cuento de hadas cuya forma y significado se reconstituye constantemente, según el tiempo en que se dice y el espacio que lo acoge. En esta obra abundan los espacios insólitos donde son colocados con gran cuidado, para evitar que se deshojen o se deshagan, dibujos de flores, libélulas, insectos y mariposas. Inmovilizados por la línea, el color y la materia pictórica, permanecen como custodios del encantamiento que transformará una serie de objetos y personajes cotidianos en seres tan inauditos como lo es el propio contexto que los rodea.

La acuarela es un medio sutil que le permite a Rangel entender la fragilidad de estos seres que tienden a desvanecerse en el tiempo, en la memoria y en el lienzo. En sus manos, la cualidad de la acuarela se traduce en múltiples pinceladas nadando en mares de colores evanescentes, que enriquecen así el trasfondo de su narrativa pictórica. Uno,



como espectador, no puede menos que sumergirse en esta visión especial del mundo cuya mezcla de elementos mágicos, antiguos y modernos, es compleja y deliciosa. ¡Qué divertido es observar al personaje irreverente del cuadro titulado *A veces pienso en ti!*, donde las flores de la pared y las del jarro-tierra funcionan en el contexto de una conversación notable por su inteligencia, humor y picardía. El diálogo continúa, por supuesto, a través de la acuarela cómplice en que otro personaje contempla, desde la taza que lo contiene, las flores que crecen de la barda imaginando un mundo de probabilidades, un mundo relativo donde *No siempre pienso en ti*. En *El sueño de doña Profunda*, las flores del papel tapiz se reflejan pálidas en la frazada que cubre a una niña-vieja dormida en la regadera. La intensidad del fondo, (¿vigilia?, ¿realidad?), subraya la sutileza del sueño. Los cuentos narrados por la paleta de Rangel producen encantamientos donde la luz y las flores reverberan en ambientes y espacios artificiales, “fuera del tiempo y del espacio”, como diría Fernando Pessoa. Así como el poeta, el pintor también nos advierte que el territorio de los sueños sólo puede explorarse con gran cuidado, so pena de perdernos en ellos para siempre. Entre estos personajes y estas flores, sin embargo, se encuentra la dinámica interna del deseo, de la creati-



▲ *Desplazamiento*, 1995, técnica mixta, 29 x 42 cm

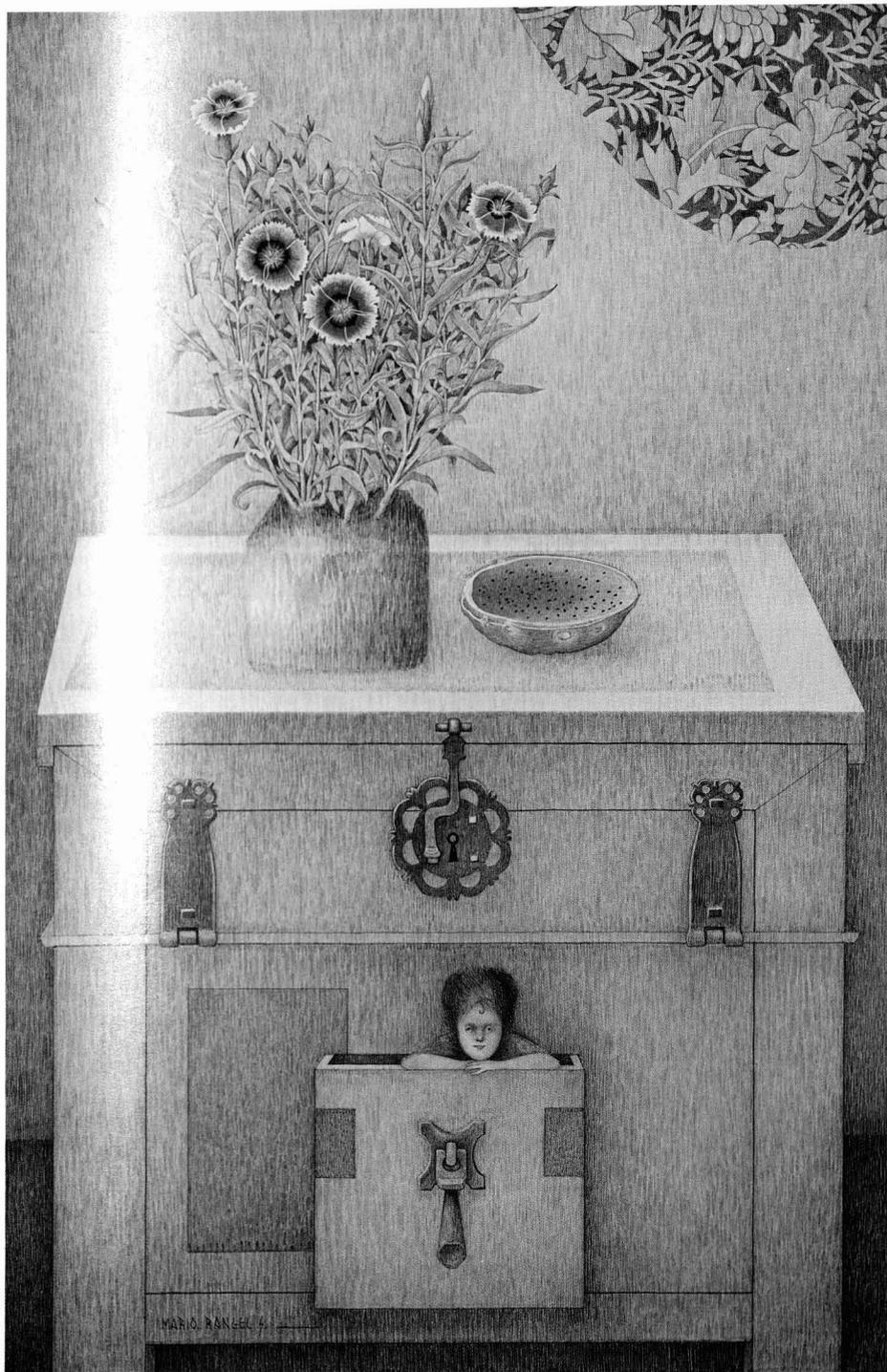
Los novios II, 1995, acuarela, 30 x 20 cm

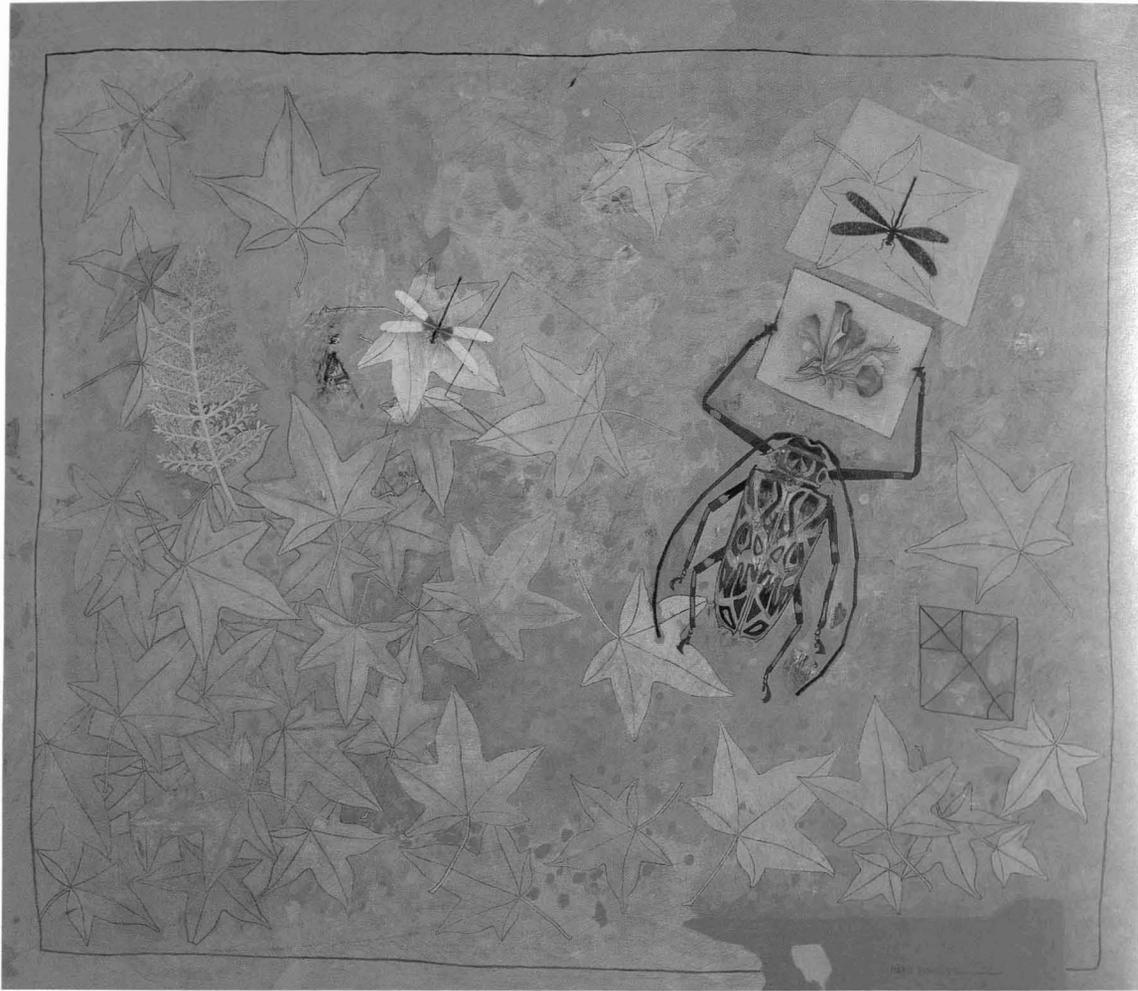
vidad y lo prohibido. Desde los intersticios de la inventiva de Rangel se proyectan las miradas oblicuas de Freud, Jung, quizás Bruno Bettelheim. El cuento de hadas tiene su lado oscuro y atrayente porque nos ofrece diferentes versiones de la realidad y de las cosas. De hecho, nos ayuda a voltear de cabeza nuestras ideas preconcebidas, al hacer visible el mundo intangible del pensamiento arcaico y las imágenes derivadas del mismo. Así, en estos cuadros poblados de niñas viejas, monstruos, Eva, el Paraíso, el diablo, mesas, jarros y teteras con vida propia, todos ellos protagonistas en el escenario de la vida onírica, la moraleja puede dejarnos perplejos. Es un mundo donde la imaginación no tiene límites, y precisamente por ello no es tan benevolente como parece.

A veces
pienso en ti,
1991,
acuarela
60 x 40 cm

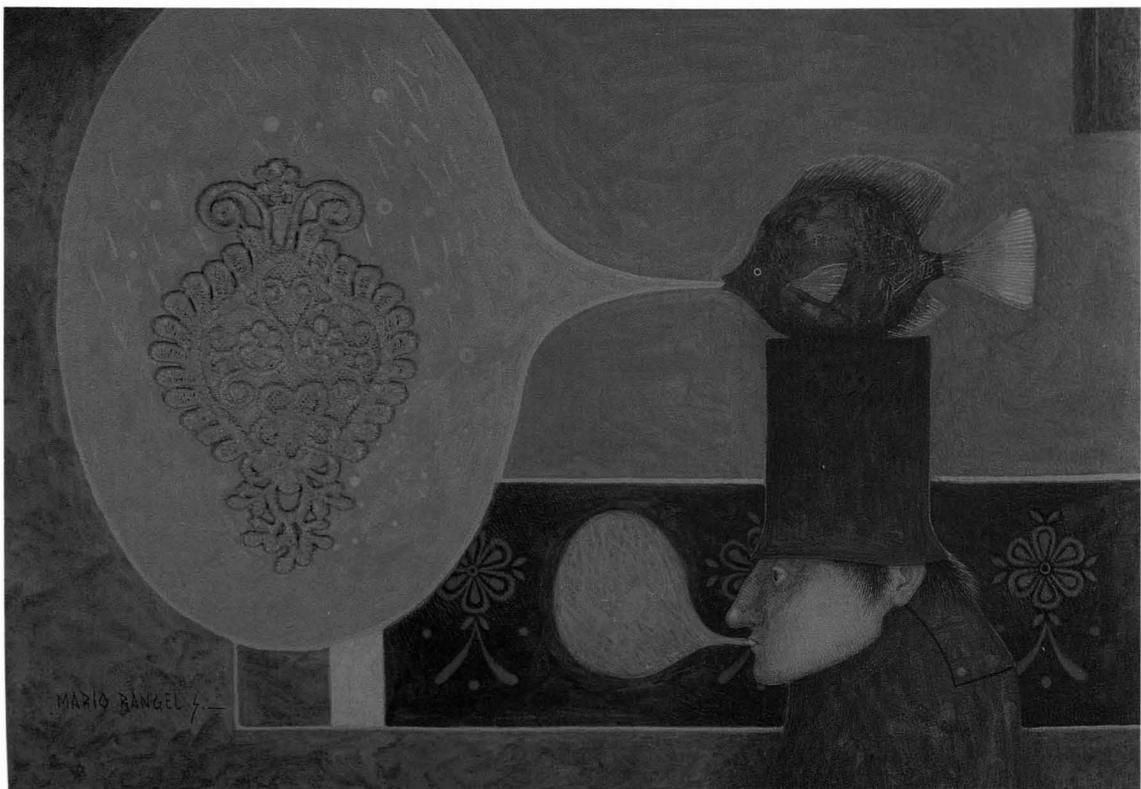
En algunos de los cuadros podemos observar que el encantamiento se convierte poco a poco en otra dimensión de lo subreal. *La última etapa*, por ejemplo, contiene todos los elementos del miedo y la ironía. El abismo, poblado de flores flotantes, está solamente a un paso del caballo de ruedas montado por el pequeño perverso

polimorfo cuyas alitas son demasiado pequeñas para salvarlo. En otro de sus cuadros, *Los medios no importan*, Rangel emplea un ingenioso juego de palabras para colocar una trampa constituida por un ramillete de flores. El gato-pintor espera con paciencia al espectador, atrapado sin duda por el encanto de las flores y la ironía. Pero quizás la obra más inquietante es la titulada *Memoria de un desprendimiento*. Este cuadro para mí resume la obra de madurez de Mario Rangel, su trayectoria estética y su perfil psicológico. En este acrílico sobre tela vemos la parte de atrás de un caballete. Las maderas de que está hecho son viejas y están resacas. Las manchas de color que lo definen podrían haber sido flores, insectos o mariposas. Es el crisol donde han sido creados, a imagen y semejanza de su autor, todos los personajes que habitan el misterio de esta poesía eminentemente visual. El caballete, gastado por el tiempo, refleja la paleta del pintor. Es a la par un testimonio y un autorretrato. Y para que no falte nada, está coronado por un ramillete de flores sempiternas que son, al mismo tiempo, parte dibujo y parte realidad. Otra vez se nos dice a los espectadores que la fantasía no distingue oposiciones, y no articula el tiempo y el espacio tal como lo percibimos y creemos conocerlo. Pero sobre todo, esta imagen del caballete como objeto, autor, narrador, nos indica que la frontera entre el sueño y la vigilia sólo existe en la imaginación. ♦





El eco de tu presencia II,
1994,
acrílico/
caoba,
80 x 100 cm



Fuerza de sus argumentos,
1990,
acrílico,
20 x 30 cm

Fotos:
José
Conchello
y
Pablo
Labastida